

móvil en la línea del Adige, á pesar de contar con ochenta mil hombres, aparte de otros veinte mil acantonados en el Tirol, y de no tener Massena más que cincuenta mil. Su extraña inacción, que acaso obedeciese á instrucciones comunicadas por el Consejo áulico, vino muy bien al general francés, que comenzó apoderándose, mediante una sorpresa nocturna aconsejada por Napoleón, de Verona, á cuyas puertas mismas, en Caldiero, estaba el Archiduque, fuertemente atrincherado. El veintiocho de Octubre tuvo conocimiento Massena de la capitulación de Ulma, y comprendiendo que los austriacos tendrían que emprender la retirada, los acometió con decisión y brío, sin imponerle respeto las formidables posiciones que ocupaban. No obtuvo sobre ellos ventajas señaladas, mas dificultó sus movimientos hasta el punto de que, para poder ejecutarlos con libertad, necesitaron sacrificar una brigada. Llamado á proteger la amenazada monarquía, el Archiduque retrocedió al Brenta y después al Piave, seguido paso á paso por Massena. El doce de Noviembre estaba en las orillas del Tagliamento, donde su retaguardia riñó una brillante acción con el enemigo, y allí resolvióse á tomar el camino de Hungría. En su retirada, recogió los restos del ejército del archiduque Juan, que expulsaran del Tirol Augereau y Ney, destacado á aquella comarca con diez mil hombres, después de la capitulación de Ulma.

Según hemos dicho, á medida que el gran ejército napoleónico se acercaba á la capital de Austria, los rusos iban retirándose sin presentar verdadera batalla á sus contrarios, pero empeñando muchos combates parciales. En Amstetten, el príncipe Bagración hizo frente á Murat con gran firmeza, para favorecer la dificultosa marcha de Kutuzoff, y éste último, habiendo dado repentinamente media vuelta y abandonado el camino de Viena á fin de pasar el Danubio por Krems, se encontró con Mortier, que, aislado del resto del ejército, seguía la izquierda del río, librándose los franceses de ser desbaratados por el esfuerzo y constancia con que se batieron. En el entretanto, Murat, que mandaba la vanguardia no encontrando á nadie que se opusiera á su paso, galopaba en dirección á Viena arrastrando á todo el ejército tras de sí, y el trece de Noviembre por la mañana, se presentaba ante los muros de la hermosa capital. El emperador Francisco, queriendo economizar á su fieles súbditos de Viena los horrores del sitio, se había ausentado, dejando al Conde de Würbna el encargo de negociar con los franceses su entrada pacífica en la población, y al príncipe de Hayersperg el de guardar con un destacamento los grandes puentes del Danubio. Como la posesión de éstos era sumamente importante para los franceses, pues les abría el camino de Moravia, permitiéndoles correr sin pérdida de tiempo tras de los rusos, Napoleón había recomendado á Murat, que se apoderara de ellos á todo trance, deseo que aquél satisfizo, ayudado de Lannes y Belliard, mediante una superchería poco leal y menos digna de la fama é intrepidez de sus autores. Murat lanzóse inmediatamente al encuentro de los rusos, alcanzándoles en Hollabrünn; mas, no teniendo

fuerzas bastantes para atacarlos y proponiéndose dar tiempo á que Lannes llegase, trató de repetir la estratagema empleada con tan buen éxito en Viena, consistente en alegar que se había pactado un armisticio con Austria. Pero esta vez se volvieron las tornas; porque Kutuzoff, advertido por Bagración, fingió no sólo estar al corriente de la negociación, sino haber sido comisionado para continuarla en lo concerniente al ejército ruso. Cogido en sus propias redes, Murat envió un correo á Schæmbrünn, donde Napoleón había establecido su cuartel general, preguntando si era cierto lo del pretendido armisticio, y cuando, desengañado por el Emperador, acometió á los rusos, vió que Kutuzoff se había escurrido hacia Moravia, no dejando allí más que una cortina de tropas al mando de Bagración, que esperó el ataque á pie firme, dejándose matar estóicamente la mitad del débil destacamento para favorecer la retirada de sus compatriotas. Por la tarde, Bagración, logrado su objeto, formó en columna el resto de su gente y se abrió paso por entre el enemigo, yendo á incorporarse el resto de su ejército. Este notable hecho de armas preludió la brillante carrera del célebre general ruso.

Napoleón impuso una contribución de cien millones á los austriacos; dictó algunas medidas para reglamentar la administración de los territorios conquistados; procuró excitar la animadversión de los naturales contra los rusos y la del pueblo contra el gobierno, y el diez y ocho de Noviembre estaba ya en Znaïm, Moravia, al frente de un magnífico ejército, yendo en busca del de Alejandro, ebrio de júbilo y llena la mente de proyectos grandiosos. En estos momentos, el mismo día diez y ocho, al ir á sentarse á la mesa, recibió de manos de Berthier el despacho en que se le comunicaba el desastre de Trafalgar, del que era él, por su soberbia y egoísmo, el primer responsable, y por el que, á haber sido otra clase de hombre, hubiese experimentado crueles remordimientos; pero su alma sólo era capaz de sentir la herida del orgullo humillado y el dolor de ver perdida flota tan valiosa. Así, no manifestó ninguna emoción, y ocultando la triste nueva, limitóse á escribir á Decrés que esperaba «detalles ulteriores para formar opinión definitiva acerca de la naturaleza del negocio, y que esto, por otra parte, no cambiaba en nada sus proyectos.» Dispuso, además, que se hablase poco de la tremenda catástrofe y que se la calificara de combate imprudente, en el cual había hecho más daño á los aliados la borrasca que el enemigo, é incurriendo en notoria injusticia, no quiso otorgar premios ni imponer castigos, continuando seguidamente su marcha á Brünn, donde entró sin resistencia por hallarse desguarnecida la plaza, á pesar de su importancia. El ejército de los aliados acampaba quince leguas más allá, en Olmütz, donde Kutuzoff había podido verificar su unión con el ejército de Alejandro, ascendiendo las tropas austro-rusas á ochenta y dos mil hombres, de los que solamente catorce mil eran austriacos; refuerzos considerables conducidos por el general Beningsen avanzaban á buen paso para incorporarse á ellas, y esperábase, finalmente, que en breve pondría Prusia en movimiento sus ejércitos. Esta



última potencia, muy enojada por el asunto de Anspach, parecía dispuesta al principio de la campaña á echarse en brazos de la coalición. El emperador Alejandro, en su afán de sacar partido de las favorables disposiciones de Federico Guillermo, había ido á Berlín, halagando el amor propio del monarca y jurándole eterna amistad sobre la tumba del gran Federico. La Reina, con su natural influencia y la que le daba el apoyo de un numerosísimo partido, empujaba al Rey á la alianza con Rusia, y la inteligencia entre los dos países estaba á punto de concertarse. La nueva de la capitulación de Ulma enfrió mucho el entusiasmo de Federico Guillermo, de suerte que Alejandro, á pesar de los atractivos y seducciones de su espíritu y de haber sacrificado al rencor de Prusia al príncipe de Czartoryski, que era el principal partidario de la política de intimidación, no pudo obtener de aquel sino que se comprometiera condicionalmente, firmándose en Postdam, el tres de Noviembre un tratado entre los dos soberanos, acerca del cual debía guardarse secreto y que no había de ponerse en vigor hasta pasado un mes de haber propuesto Prusia sin resultado una nueva mediación. Sólo en este caso y momento, entraría en campaña el ejército prusiano. El gabinete de Berlín notificó al mismo tiempo á Duroc y Laforets, representantes de Francia en aquella corte, que, en vista de la violación del territorio de Anspach, iba á autorizarse por vía de represalias la entrada de los rusos en Silesia, y que Prusia se preparaba á ocupar provisionalmente el Hanóver, aunque respetando la guarnición francesa de Hameln. La tentativa realizada por Prusia para evitar la continuación de la guerra había sido infructuosa, y aproximábase el término del plazo fijado por Federico Guillermo. El interés, por tanto, de los aliados estaba en ganar tiempo; pues, á más de lo dicho, el ejército anglo-sueco se aprestaba á dirigirse desde Hanóver á Holanda, y el archiduque Carlos, llegado á Hungría, reparaba sus pérdidas y aperciábase á tomar otra vez la ofensiva. El prudente Kutuzoff, convencido de la necesidad de no precipitarse, aconsejaba no combatir aún. Sin embargo, su opinión no prevaleció. La presencia de Alejandro en el ejército paralizaba la acción de sus generales, bravos, pero serviles. Rodeaban al Czar multitud de jóvenes entusiastas é ilusos, que ardían en deseos de distinguirse á los ojos de su soberano y que se burlaban del sistema dilatorio propuesto por Kutuzoff, por el emperador de Austria y por los jefes más experimentados; Weyrother, el consejero del archiduque Juan en Hohenlinden, hombre vanidoso y poco capaz, había logrado captarse la confianza del autócrata ruso y le extraviaba con sus falsos juicios; por último, desavenencias surgidas entre rusos y austriacos, con motivo del desgraciado comienzo de la campaña, impulsaban á unos y á otros á pedir que se activasen las operaciones, para vindicarse de los cargos que mutuamente se dirigían. Este era un error; porque la posición del ejército francés, ya tan aventurada, habría llegado quizás á ser peligrosa, con sólo que sus contrarios hubiesen tenido paciencia. Napoleón, que comprendía los riesgos á que estaba expuesto, se había detenido y, sabedor de cuál era el

estado de los ánimos y la diferencia de opiniones existente en el campo enemigo, se dispuso á tornar estas circunstancias en su provecho. Había recibido con altivez á Giulay y Estación, autorizados por el Emperador de Austria para intentar un arreglo; pero noticioso de que los prusianos estaban á punto de unirse con sus enemigos, cambió de conducta mostrándose amable y comunicativo. Envió á Savary con una carta cumplimentando al emperador Alejandro, si bien su verdadera misión consistía en enterarse de la situación de las tropas austro-rusas y sondear el terreno, viendo si había posibilidad de entablar una negociación. Savary, acogido cortés, pero friamente, en el cuartel general ruso, volvió de él trayendo una contestación seca y evasiva, escrita de mano del Czar, y dirigida, no al Emperador, sino al jefe del gobierno francés. Napoleón no se dió por entendido del ultraje, y Savary fué segunda vez á Olmuütz, con el encargo de proponer una entrevista á Alejandro. El emisario francés pudo de este modo completar sus impresiones acerca del ejército contrario, conversar con los ayudantes de campo é informarse de la ciega confianza que animaba á la joven oficialidad. Alejandro negándose á condescender á los deseos de Napoleón, consintió, sin embargo, en enviarle á su ayudante de campo, Dolgoruki, que pasaba, con razón por ser uno de los partidarios más fanáticos de la guerra. «¿Qué se quiere de mí?, preguntó Napoleón al general ruso. ¿Por qué me combate Alejandro? ¿Tiene más que extender las fronteras de su imperio á costa de sus vecinos, de los turcos, sobre todo?» Dolgoruki replicó protestando del desinterés de su señor, que, dijo, no había empuñado las armas sino para defender la independencia de Europa. Napoleón ha supuesto que el príncipe ruso llegó á exigirle la cesión de Bélgica: es esto absolutamente improbable; del relato de Dolgoruki, que reviste todos los caracteres de la verosimilitud, resulta que las pretensiones de Alejandro se limitaban á pedirlo tantas veces reclamado infructuosamente: la evacuación de Holanda y Suiza y el pago de la indemnización prometida al rey de Cerdeña. «Rusia, replicó el emperador, debe seguir otra política y no preocuparse sino de sus propios intereses». Dolgoruki se mantuvo inflexible, y Napoleón exclamó: «No cedería una pulgada en Italia, aunque los rusos acampasen en las alturas de Montmatre. Puesto que os empeñáis, nos batiremos». Tales fueron sus últimas palabras. Había permitido Napoleón al emisario de Alejandro observar únicamente lo que podía engañarle en sus apreciaciones, por manera que Dolgoruki, hablando en general del efecto que le produjera cuanto había visto y oído, se expresó así: «Todas las probabilidades de éxito están en favor nuestro; bastará que avancemos para que el enemigo huya, como lo hizo en Vischau», aludiendo con este recuerdo á un pequeño encuentro desfavorable á los franceses habido pocos días antes; y añadió que había notado cierto abatimiento en las tropas y cierta angustia en el Emperador. Rota la negociación, que sólo había sido una estratagema discurrida por el astuto corso para envalentonar á los rusos, ya sólo se pensó en combatir por una y otra parte.